EL MERIDIANO
Carlos Sauras

Sentido común

UN viejo aforismo periodístico anglosajón aconseja a los redactores que «tengan siempre presentes a los lectores». Se refiere a poner por delante los intereses de los receptores de la información, respetarlos y no considerarlos sujetos inertes, sin criterios. En definitiva, que el periodismo existe en función de aquellos a quienes se dirige.

Aplicando la misma idea a la política, leyendo las informaciones que se refieren a coaliciones y pactos que hagan posible el gobierno de Aragón y de sus ayuntamientos, dan ganas de recordarles a muchos políticos que «tengan siempre presentes a los ciudadanos». Cuando se ve en qué se centran algunos de los condicionantes de los partidos para apoyar o incorporarse a los gobiernos, da la impresión de que se colocan en segundo plano los intereses generales.

Algunos parecen olvidar la grave situación económica y social. Parecen no escuchar los muchos avisos de que este sistema es insostenible, también en lo que se refiere a autonomías, diputaciones, comarcas y municipios. Parecen ignorar que se va a exigir a España, a todos, una austeridad a rajatabla y, por tanto, una utilización eficaz de los medios disponibles que ni por asomo reflejarán la alegría con que se ha funcionado en el gasto público hasta hace poco.

Se apunta la posibilidad de repetir las elecciones autonómicas si las negociaciones PP-PAR para formar gobierno no prosperan. Los políticos deberían aprender de otras comunidades. En Navarra, desde el comienzo de la democracia, UPN y PSOE han respetado un pacto no escrito por el que la presidencia del gobierno es siempre para la formación más votada.

A la mayoría de los ciudadanos es muy probable que les pareciera bien que en los ayuntamientos, normalmente, fuese elegido alcalde el más votado. Algunos lo tienen claro, como el candidato aragonesista en Huesca, que dice que «el PAR oscense corresponderá coherentemente de la misma forma que lo hizo en 2007, cuando el PSOE fue la candidatura más votada también, sin lograr la mayoría absoluta». ¿No será que el proceso se complica porque se está olvidando el sentido común? Es decir, el sentido mayoritario de los ciudadanos.

EL REFLEJO | Los desatinos de algunas entradas del 'Diccionario Biográfico Español' demuestran que la Academia de la Historia está desconectada, en lo que respecta al pasado más reciente, del mundo de la investigación historiográfica

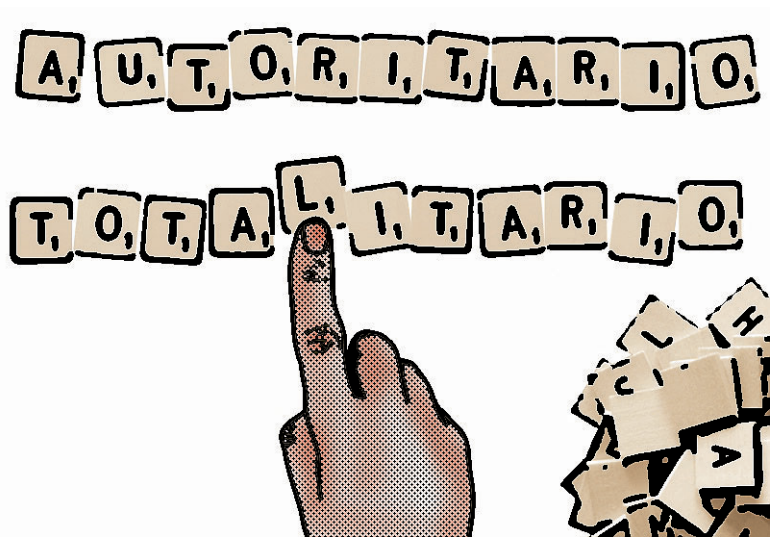
Por Javier Rodrigo Sánchez, historiador, Universidad Autónoma de Barcelona

Loca Academia de la Historia

LO decía Tony Judt en un artículo: la actual hipersensibilidad con los sentimientos heridos ha acabado por imponer la corrección política en el canal normal para la expresión de las opiniones. Como si existiese un derecho a no ser ofendido, los debates –cuyas fronteras marcan las víctimas o los muchos que dicen representarlas– se tensan y se hacen insatisfactorios. Se trazan límites, fronteras, líneas rojas intraspasables. No lo comparto: apoyo la libre expresión hasta sus últimos términos y defiendo la insobornable autonomía, sin intrusiones políticas, legales o mediáticas, del trabajo historiográfico. Hasta del peor. Por eso, deseo la publicación íntegra del 'Diccionario Biográfico Español' de la Real Academia de la Historia.

Estaría bien, eso sí, contextualizar algunas cosas. La RAH –creada para dotar de corpus narrativo a la nación española y convertida, en palabras de Ignacio Peiró, en la guardiana de su historia– no es la mejor representante de la historiografía profesional y universitaria, al menos en lo que a la Guerra Civil y la dictadura franquista se refiere. Los estudios sobre la antigüedad, el medievo y la modernidad, el derecho, el arte y las metodologías de trabajo histórico estarán o no bien representados en ella: lo desconozco. La más cercana y lacerante contemporaneidad, y lo siento por un admirado profesional como Miguel Artola, no lo está.

No supone, pues, una sorpresa que la RAH encargase entradas como las de Franco a su miembro Luis Suárez Fernández, o las de Aranda al sacerdote falangista Ángel David Martín Rubio, cuyo mayor logro ha sido publicar en la Editorial de Ricardo de la Cierva y convertirse en el referente del campeón revisionista, Pío Moa, en lo relativo a la violencia en retaguardia. Desconectada del mundo de la investigación y la docencia, al menos con estas entradas la RAH ha lanzado un mensaje muy claro. La historiografía hecha desde la universidad pública sobre la guerra y la posguerra, las biografías de Franco, Negrín o Ibárruri: todo eso no vale para nada. «Nadie mejor que Luis», habrán dicho: podrá mirar los documentos, cautivos e invisibles para la investigación académica, de la Fundación Nacional Francisco Franco. En eso no les faltaba razón. Pero perdóneseme el símil: es como pedirle la biografía de Justin Bieber a la presidenta de su club de fans.



KRISIS'11

Su relato es banal y de una superficialidad pasmosa. Sin ir más lejos, en la cuestión del autoritarismo o el totalitarismo: pese a su evidente carácter evocativo, ningún historiador sensible a los debates actuales se sentirá cómodo con el adjetivo de totalitario. Conocemos su grado de indefinición y los insatisfactorios resultados que ese término añade a la explicación histórica. Al igual que sabemos que autoritario o totalitario no son términos que se establezcan desde la medición de los litros de sangre enemiga derramados. Posiblemente sean sutilezas que Suárez Fernández ni maneje ni conozca, y que sean insatisfactorias para los políticos y las víctimas. Pero no para los historiadores. Para nosotros, las categorías interpretativas son como sus herramientas para un fontanero.

«Ninguna ley habla de la mala calidad historiográfica, del flagrante desconocimiento, de la burda omisión o de la falta de honestidad interpretativa»

Desde el momento en que la RAH ha buscado poner la interpretación al servicio de un relato colectivo y una memoria del pasado, que el autor de la entrada en el 'Diccionario' atine o no en la descripción del régimen de Franco o en otros aspectos queda en segundo plano. ¿Contraviene eso alguna norma legal? Afortunadamente, no. Ninguna ley o normativa vigente habla de la mala calidad historiográfica, de los flagrantes desconocimientos empíricos y bibliográficos, de la burda omisión o de la falta de honestidad interpretativa. Soslayar no es negar, y es un error confundir ambas cosas.

Suena, pues, a rasgado de vestiduras un tanto impostado la demanda de revisar ahora las entradas del 'Diccionario' bajo amenaza de retirada. Ojalá queden esas entradas como testimonio de una narración imperecedera del pasado y de lo que supone confiar a la RAH todo el dinero invertido. No la responsabilidad de fijar una narración y una interpretación de ese pasado de guerra y violencia que, hoy, alimenta los debates más relevantes: en eso, la Academia dejó de contar hace muchísimo tiempo.

EL FOCO
José Luis de Arce

Cuestión de aritmética

PARA justificar el tripartito en el Ayuntamiento de Zaragoza se dice que la izquierda ha obtenido más votos que la derecha. Esta afirmación es absoluta y aritméticamente falsa. El verdadero ganador de las elecciones municipales en Zaragoza capital es la abstención. 172.979 ciudadanos han decidido abstenerse, el 34,87% de los votantes potenciales. Un rechazo del que todos los partidos debieran tomar buena nota. Pero vayamos a los votos válidos. Quienes pretenden ahora mandar en la ciudad, PSOE, IU y CHA, que suman 16 concejales, han obtenido 140.994 votos. Frente a ellos, el PP y el PAR –tan homologable este a la derecha como CHA a la izquierda– han conseguido 145.505 votos, es decir, unos cuantos miles más. Pero hay más votos a otras formaciones que empeoran los resultados de la izquierda: sumemos UPyD al PP y al PAR y obtendremos 157.964. Bastantes más que si añadimos todos los demás partidos (aunque alguno no pueda ser considerado de izquierda) a los conseguidos por los presuntos triunviros, lo que sumaría 148.671. Que no nos vengan con mandangas, los votos de la izquierda no han ganado en Zaragoza. Y si la democracia consiste, sobre todo, en el respeto a la voluntad popular, que cada cual piense lo que debe hacer. Y no vamos a apelar a otras razones de carácter ético: honrar la propia palabra; ofrecer a la ciudadanía la tranquilidad de un gran pacto entre los dos principales partidos (¿por qué es tan difícil?) para sacar adelante la ciudad. El tripartito será una jaula de cucos y pardillos que se engañarán y se dejarán engañar. Belloch tragará sables doblados, ocupará una alcaldía prendida con alfileres, acabará por irse a Madrid y nos meterán con calzador a cualquier aspirante de la lista del PSOE a quien nadie ha votado para alcalde.

CANO

